

## LA TERCERA ILUSTRACIÓN

ASUNCIÓN HERRERA GUEVARA, *Ilustrados o bárbaros. Una explicación del déficit democrático y ético moral*, Madrid, Plaza y Valdés, 2014, 178 pp.

De reciente publicación en la colección *Dilemata* de Plaza y Valdés, esta obra contribuye al panorama de la filosofía social y cultural en español con un diagnóstico de la contemporaneidad y una propuesta ético política en clave kierkegaardiana. Precisa y decidida, la voz de la autora avanza hermenéuticamente entre referencias filosóficas y culturales (principalmente cinematográficas y literarias) en un esfuerzo de comprensión de las circunstancias político-económicas de un presente globalizado y tardocapitalista cuya principal crisis es el sufrimiento humano que acarrea.

Aunque reivindica la Ilustración, Asunción Herrera no ofrece una mirada nostálgica. Tomando como referencia la sospecha fundada que Horkheimer y Adorno habían arrojado sobre las luces, Herrera asume la ne-

cesidad de la memoria cultural en la que sean desvelados de una vez, y tenidos en cuenta, los sufrimientos de los excluidos y los olvidados, aquellos sobre cuyos pedazos se alzó la modernidad, y que nunca han sido llamados héroes. La cuestión, tal y como la plantea Herrera, no es si necesitamos más o menos Ilustración, sino que necesitamos una tercera Ilustración, que, más allá de la Ilustración del XVIII y la vinculada a los movimientos sociales de la segunda mitad del siglo XX, se desembarace de la alianza perversa entre modernidad y racionalización entendida como dominio.

El aporte central de este libro es la figura que esboza del sujeto capaz de enfrentarse a un status quo heredero de dos Ilustraciones insuficientes, afincado en las desigualdades de un mundo mal distribuido e injusto, como consecuencia del cual el sufrimiento social es endémico<sup>1</sup>. *Ilustrados o bárbaros* plantea los rasgos del tipo de sujeto que, por decencia, no tiene más remedio que comportarse como un héroe y emprender esa ter-

cera Ilustración<sup>2</sup>. Es en este punto donde la autora se sirve de su interpretación de Kierkegaard para formular los rasgos morales del sujeto que demandan las urgencias de nuestro tiempo. Más allá del sujeto estético (regalado a los placeres sensuales), el sujeto ético (que la autora vincula al utilitarismo), y el sujeto rigorista (comprometido con el sí mismo hasta el punto de que es capaz de verse “en el otro como sí mismo”<sup>3</sup>), estaría el sujeto rigorista-ético, capaz de llevar al máximo su compromiso religioso y existencial con Dios y con el prójimo. La interpretación que ofrece Asunción Herrera del estadio cuarto aparece, sin embargo, depurada de los elementos religiosos. El sujeto kierkegaardiano que asciende por los diferentes estadios éticos se va eligiendo paulatinamente más a sí mismo, y va alcanzando con desesperación o angustia los límites existenciales de cada fase, hasta un pleno *sí mismo* que ve en su humanidad a los otros, prójimos, a la vez diferentes como individuos y similares como pertenecientes a la humanidad (“la igualdad en la diferencia”,<sup>4</sup>). En este eje que combina al hombre como individuo y al hombre como grupo enraíza Asunción Herrera la necesidad de constelar el respeto por los derechos individuales de cada ser humano de carne y hueso, capaz de sufrir y de amar, con la idea de que tales derechos son universalizables. En este sentido, los sistemas normativos de las sociedades de una tercera Ilustración tendrían que combinar ciertos valores de la vida buena con ciertas normas universalizables, ciertos elementos de la tradición política liberal con ciertos elementos de la tradición política republicana.

El principal logro de esta obra es traer al centro de la escena del pensamiento político y ético-moral la cuestión indiscutible del

sufrimiento social y la existencia concreta, truncada, de los seres humanos del presente. Se trata de un sufrimiento real, concreto, vivido, cuyo origen procede de las estructuras de poder económico y político de las que el ciudadano europeo medio, al que interpela este libro, forma parte. Asunción Herrera plantea el tipo de individuo que sería capaz de afrontar esta responsabilidad e intentar, como Kierkegaard, que “se tambaleara el gusto degenerado de su tiempo”<sup>5</sup>. Esta llamada de atención debiera nacer del informalismo como única actitud “decente” en un contexto de desigualdades e injusticias brutales. La vía planteada por la autora pasa por la transformación personal, filosófica en la medida en que es capaz de extrañarse ante un mundo mal organizado que no puede darse por sentado, y la contribución política en busca de una democracia más participativa y deliberativa, que vaya incluyendo los elementos del cambio de manera legal, y con una base legítima más amplia, basada precisamente en la mayor participación ciudadana y en una participación de más calidad. La “astilla en la carne” de la desesperación de los estadios éticos imperfectos serviría así de aliciente e impulso para el compromiso máximo de quien sabe que se ha comprometido en una empresa en la que, aún sin asumir sobre sus hombros la carga imposible que cargó San Cristóbal, hace todo lo que puede por mitigar el sufrimiento del mundo. Así, es una llamada de atención hacia la necesidad de una globalidad, pero también de una responsabilidad individual que se preocupe “primordialmente por el sí mismo como sujeto que sufre”<sup>6</sup>, donde el compromiso con el paliativo de ese sufrimiento es inaplazable y se refiere tanto al otro concretamente próximo como a la contribución a un siste-

ma político y una sociedad donde tal meta se aborde de manera absolutamente prioritaria.

Cabe preguntarse si, ante la gravedad de los retos que se le plantean al ciudadano europeo medio, ese que somos, que normalmente combina un poco de hedonismo con cierto utilitarismo, ocasional rigorismo y más escaso aún (aunque no inexistente) compromiso rigorista-ético, le basta hoy una llamada a la reforma filosófica e institucional. Desde mi punto de vista, esta tercera Ilustración tiene que demandarse y desarrollarse radicalmente. Son ya muchos los individuos y los grupos que la han iniciado en la radicalidad de asumir como personales los retos que implica *darse* a la lucha contra el

sufrimiento social. Sólo si es personal y radical (existencial, como lo entendió Kierkegaard), el compromiso puede aunar los componentes ético-morales y políticos que demanda el presente. Ahora bien, no debemos llamarnos a engaño: a pesar de su radicalidad y precisamente por ella, éste sería el compromiso justo, requerido, suficiente. Ni hablar de él nos hace mejores, ni asumirlo debiera convertirnos en héroes – y hemos de estar alerta, pues los “héroes” del compromiso presente que pasan más tiempo bajo los focos que en el terreno podrían ser parte del “gusto degenerado” de nuestro tiempo.

Noelia Bueno Gómez  
Universidad de Innsbruck

#### NOTAS

<sup>1</sup> Utilizo el concepto de „sufrimiento social“ en el sentido en que se define en Kleinman, A., Veena, D., Lock, M., *Social Suffering*, University of California Press, California, 1997, IX, como el resultado “de lo que el poder político, económico e institucional hace a la gente y, recíprocamente, de cómo esas formas de poder influyen en las respuestas a los problemas sociales” (la traducción es mía).

<sup>2</sup> A. Herrera, *Ilustrados o bárbaros. Una explicación del déficit éticomoral*, Plaza y Valdés, Madrid, 2014, 15.

<sup>3</sup> *Op. Cit.*, 79.

<sup>4</sup> *Op. Cit.*, 66.

<sup>5</sup> *Op. Cit.*, 67.

<sup>6</sup> *Op. Cit.*, 119.